

La relevancia de C. S. Peirce hoy

The relevance of C. S. Peirce today

LUCIA SANTAELLA - ORCID 0000-0002-0681-6073

(pág 17 - pág 19)

Basta prestar atención al mundo que nos rodea para que se haga evidente que, desde la invención de la fotografía, seguida de otros medios como el cine, la radio, la televisión, la producción y circulación de signos que también podemos llamar lenguajes, comenzó a diversificarse y crecer. Si hace un siglo, el estudio de los tipos de signos verbales en sus mezclas con signos extra, intra e infra verbales, más allá y más acá de lo verbal, ya era importante, ¿qué decir entonces del universo post-digital? Desde los años 1990, la computadora se ha ido transformando cada vez más en un medio de todos los medios productores de signos que en ella se mezclan y se complementan en su propia morfogénesis y son transportados en el tiempo y el espacio a una velocidad que envidiaría incluso a la luz. Con ello, se instauró la comunicación planetaria, la galaxia de internet, hoy inundada de redes sociales, motores de búsqueda, aplicaciones y, junto con todo eso, se ha gestado una inteligencia colectiva siempre paradójica y contradictoria, hoy monitoreada por algoritmos de inteligencia artificial. Estos, a su manera, manejan la avalancha de datos que circulan por el aire y que ya están alojándose en las propias cosas a nuestro alrededor. ¿Qué se puede inferir de esto?

El mundo está demandando, exigiendo una atención competente a los modos en que los signos son capaces de producir sentido, cómo se dan las transiciones entre signos y cuáles son los procesos multi determinados que entran en acción cuando los signos son interpretados. La semiótica se propone realizar estas tareas.

Existen varias corrientes de semiótica, una ciencia que ya nació diversificada. Hay semióticas que toman las operaciones modelares del lenguaje verbal para entender cómo funcionan otros sistemas de signos. Hay semióticas, y son varias, que desarrollan el análisis de los discursos y de los procesos de significación. También existen semióticas, de diversas cepas, que proponen conceptos capaces de llevar a la comprensión de los fenómenos de la cultura. Todas ellas se desarrollan como ciencias, es decir, crean una red de conceptos interrelacionados que exigen un esfuerzo de aprendizaje y requieren tiempo de dedicación y formación.

El ser humano es un ser semiótico por naturaleza. Esto significa que estamos dotados de la capacidad de interpretar signos intuitivamente. Pero la intuición es paradójica, al mismo tiempo poderosa y sujeta a muchos equívocos que necesitan ser puestos a prueba para que tengan validez. El estudio de la semiótica cumple esa función de poner a prueba nuestras intuiciones interpretativas que, cuando no pasan por el filtro del análisis y la exposición a la alteridad, terminan en creencias fijas y ciegas. En esos casos, en lugar de funcionar como mediadores de nuestros accesos a la realidad, los signos pasan a funcionar como biombos opacos.

La semiótica que se presentará en este número de DeSignis es la semiótica de C. S. Peirce, un científico de laboratorio, apasionado por la filosofía y creador de una lógica extensiva, concebida como semiótica cuyo propósito era comprender por qué y cómo la inteligencia y el conocimiento humano evolucionan y crecen.

Di el título “La relevancia de C. S. Peirce hoy” a esta introducción, ante todo, porque se trata de una realidad que ciertamente será constatada por el lector en la serie de textos que componen este volumen de *DeSignis*. Esa fue la intención de los editores en la organización y selección de los artículos.

Además, existen muchos factores que fundamentan mi afirmación acerca de la actualidad del pensamiento de Peirce. Ante todo, la enorme originalidad de su fenomenología, desarrollada en bases bastante distintas de la husserliana, aunque ambas orientadas por propósitos que, a primera vista, parecen similares. La fenomenología de Peirce está despojada de cualquier apriorismo, lo que la aproxima a algunos de los principios de la filosofía oriental: el mundo está ahí, abierto, y nosotros, seres humanos, somos partes integrantes de sus procesos, sin ocupar en él un centro jerárquico y privilegiado.

Desde el principio, por lo tanto, el pensamiento peirciano se encuentra en sintonía con el anti-anthropocentrismo presente hoy en día no solo en las tendencias más contemporáneas de la filosofía, sino también respaldado por las investigaciones en las ciencias naturales sobre la inteligencia sensible de las plantas y, ciertamente, también de los animales desde los más inferiores, lo que revela que la inteligencia está lejos de ser un privilegio exclusivamente humano. Para comprender esto, basta profundizar en la teoría peirciana de la lógica abductiva, la lógica del descubrimiento, que está en la raíz de todas las invenciones de la ciencia e impulsa las iluminaciones de la creación artística.

La base de la abducción se encuentra en el don humano para adivinar los designios de la naturaleza, un don que, lejos de provenir de fuerzas desconocidas superiores, emana del instinto racional humano. Por lo tanto, de un instinto que exhibe una lógica propia. Al darle a la palabra instinto un significado nuevo, para Peirce, este funciona como un hilo común que une a todos los reinos vivos de la naturaleza, desde los vegetales, pasando por los animales inferiores, hasta el ser humano. Esto se debe a que es ese instinto el que responde por las acciones que buscan la preservación y el bienestar de cada especie como un todo. En el reino humano, la capacidad para conjeturar, para encontrar el camino adecuado en situaciones vitalmente importantes, pero principalmente para dar con la hipótesis correcta en la ciencia, son ejemplos de sus poderes instintivos.

En todos los reinos y en todos los niveles en que se manifiesta el instinto, ya sea en las plantas, en los animales inferiores o en el hombre como un agente práctico o como un científico, siempre se observan actividades orientadas a la protección y supervivencia de la especie, a través de la capacitación de sus miembros para reaccionar adecuadamente a las condiciones ambientales. En el ser humano, la reacción adecuada es la reacción creativa, el instinto traducéndose en una facultad eminentemente creadora, que no se dirige a la satisfacción del individuo en sí, sino a la colectividad. De ahí que la abducción encuentre su dominio más natural en el arte y en la ciencia.

Para que todo esto no se confunda con un simple pansiquismo generalizado, es necesario comprender la noción original que Peirce desarrolló acerca de las leyes de la naturaleza, entendiéndolas como hábitos que se han introyectado en el universo. De ahí surge el radical anti-determinismo peirciano, conforme a su afirmación de que las leyes de la naturaleza son evolutivas. Mientras que, en la naturaleza física, la evolución es muy lenta, en el universo biológico esa lentitud disminuye. El ápice evolutivo se encuentra en el ser humano gracias a su capacidad mental. El ser humano es, entre todas las especies, el que más se equivoca, pero, precisamente por eso, es el que evoluciona con mayor rapidez,

porque la plasticidad de su mente le permite una gran flexibilidad para el cambio de hábitos. En este punto, encontramos otro aspecto fundamental de la contemporaneidad del pensamiento peirciano, en la medida en que nos proporciona una teoría cosmológica de la plasticidad mental en sintonía con los descubrimientos modernos de la neurociencia que se enfocan justamente en la plasticidad de la mente humana.

Por último, es necesario enfatizar el hecho de que el mundo contemporáneo se encuentra sumergido en contradicciones, paradojas y ambivalencias que exigen, entre otros aspectos, que seamos capaces de leer y comprender los modos en que actúan los signos. Para ello, la semiótica de Peirce presenta la noción triádica del signo que funciona como un modelo lógico dinámico, en perpetuo movimiento y devenir, capaz de cartografiar los diversos procesos de crecimiento de los signos, como fruto, incluso, de las interpretaciones que los humanos son capaces de producir en cada momento de su historia y que hoy, lamentablemente, oscilan entre cacofonías, clichés y desinformaciones que necesitan ser desentrañadas.

Urge que desarrollemos interpretaciones triádicas en oposición a la herencia mecanicista y cartesiana que aún persiste. El Occidente, por la propia naturaleza dualista de las lenguas indoeuropeas, es víctima de la plaga hasta ahora incurable de las dicotomías. No es casual la cultura de los extremos que infesta la vida social contemporánea. Un buen camino contra esto se encuentra en el cultivo de una semiótica filosófica anti-determinista, no antropocéntrica y anti-dualista capaz de abrir nuestros ojos y oídos a la inmensa diversidad de lenguajes que constituyen la esencia de la realidad.